

españoles, y Juan de Grijalva con un diente menos y otro medio, y dos flechazos. Por esto de Grijalva y por lo de Córdoba llaman aquella playa Mala-Pelea. Partió de allí, y buscando puerto seguro, surgió en el que nombró el Deseado. De allí fué al río que de su nombre se dice Grijalva, en el cual rescató las cosas siguientes: tres máscaras de madera doradas y con pedrezuelas turquesas, que parecía obra mosaica; otra máscara llamamente dorada, una cabeza de perro cubierta de piedras falsas, un casquete de palo dorado, con cabellera y cuernos; cuatro patenas de tabla doradas, y otra que tenía algunas piedras engastadas al rededor de un ídolo; cinco armaduras de piernas hechas de corteza y doradas, dos escarcelones de palo con hojuelas de oro, unas como tijeras de lo mismo, siete navajas de pederma, un espejo de dos lumbres con un cerco de oro, ciento y diez cuentas de tierra doradas, siete tirillas de oro delgadas, cuarenta arracadas de oro con cada tres pinjantes, dos ajorcas de oro, anchas y delgadas, un par de cercillos de oro, dos rodelas cubiertas de pluma y con sus chapas de oro en medio, dos penachos muy gentiles, y otro de cuero y oro; una jaqueta de pluma, un paño de algodón de colores, á manera de peinador, é algunas mantas. Dió por ello un jubon de terciopelo verde, una gorra de seda, dos bonetes de frisa, dos camisas, unos zaragüelles, un tocador, un peine, un espejo, unos alpargates, tres cuchillos y unas tijeras; muchas contezuelas de vidrio, un cinto con su izquierdo, y vino, que no lo quiso nadie beber; cosa que hasta allí ningún indio la desechó. De aquel río fué Grijalva á Sant Juan de Ulhua, donde tomó posesion en nombre del Rey, por Diego Velazquez, como de tierra nueva. Habló con los indios, que venian bien vestidos á su manera, y que se mostraban afables y entendidos; trocó con ellos muchas cosas, que fueron cuatro granos de oro, una cabeza de perro, de piedra como calcedonia, un ídolo de oro con cornezuelos y arracadas y moscador de lo mismo, y en el ombligo una piedra negra; una medalla de piedra guarnecida de oro, con su corona de lo mismo, en que había dos pinjantes y una cresta; cuatro cercillos de turquesas con cada ocho pinjantes; dos arracadas de oro con muchos pinjantes; un collar rico, una trenza de oro, diez sartales de barro dorado, una gargantilla con una rana de oro, seis collaricos de oro, seis granos de oro, cuatro manillas de oro grandes, tres sartas de piedras finas, y cañutillos de oro; cinco máscaras de piedras con oro, á la mosaica; muchos ventales y plumajes, muchas mantas y camisas de algodón. En recompensa de lo cual dió Grijalva dos camisas, dos sayos de azul y colorado, dos caperuzas negras, dos zaragüelles, dos tocadores, dos espejos, dos cintas de cuero tachonadas, con sus bolsas; dos tijeras y cuatro cuchillos, que tuvieron en mucho, por haber probado á cortar con ello; dos alpargates, unas servillas de mujer, tres peines, cien alfileres, doce agujetas, tres medallas y docientas cuentas de vidrio, y otras cosas de menos valor. Al cabo de las ferias trajeron por alboroque cazuelas y pasteles de carne con mucho ají, y cestillas de pan fresco, y una india moza para el capitán, que así lo usan los señores de aquella tierra. Si Juan de Grijalva supiera conocer

aquella buena ventura, y poblar allí, como los de su compañía le rogaban, fuera otro Cortés. Mas no era para él tanto bien, ni llevaba comision de poblar. Despachó desde aquel lugar, para Diego Velazquez, á Pedro de Albarado en una carabela con los enfermos y heridos y con muchas cosas de las rescatadas, porque no estuviere con pena, y él siguió la costa hácia el norte, muchas leguas sin salir á tierra. Y pareciéndole que había descubierto harto, y temiendo las corrientes y el tiempo, que siendo por junio veia sierras nevadas y que le faltarian mantenimientos, dió la vuelta por consejo y requerimientos del piloto Alaminos, y surgió en el puerto de Sant Anton para tomar agua y leña, donde se detuvo seis dias contratando con los naturales, y feridles cosas de mercería á cuarenta hachuelas de cobre revuelto con oro, que pesaron dos mil castellanos, y á tres tazas ó copas de oro, y un vaso de pedrecias, y muchas cuentas de oro huecas, y otras cosas menudas que valian poco, aunque bien labradas. Vista la riqueza y mansedumbre de aquellos indios, holgaran muchos españoles de asentar allí; mas no quiso Grijalva, antes se partió luego y vino á la bahía que llamaron de Términos, entró río de Grijalva y puerto Deseado; donde, saliendo por agua hallaron entre unos árboles un idolillo de oro y muchos de barro; dos hombres de palo cabalgando uno sobre otro á fuer de Sodoma, y otro de tierra cocida, con ambas manos á lo suyo, que lo tenía retajado, como son casi todos los indios de Yucatan. Este hallazgo y cuerpos de hombres sacrificados no contentaron á los españoles, ca les parecia sucia y cruel cosa. Quitáronse de allí, y tomaron tierra en Champoton, por tomar agua; empero no creó que osaron, por ver á los de aquel pueblo muy armados, y tan atrevidos, que entraban flecharlos en la mar hasta la cinta, y llegaban con barquillas á combatir las carabelas. Y así, dejaron aquella tierra, y se tornaron á Cuba cinco meses después que della salieron. Entregó Juan de Grijalva lo que traía rescatado á su tío Diego Velazquez, y el quinto á los oficiales del Rey. Descubrió desde Champoton hasta Sant Juan de Ulhua y mas adelante, y todo tierra rica y buena.

De Fernando Cortés.

Nunca tanta muestra de riquezas se había descubierto en Indias, ni rescatado tan brevemente después que se hallaron, como en la tierra que Juan de Grijalva costó; y así, movió á muchos para ir allá. Mas Fernando Cortés fué el primero con quinientos y cincuenta españoles en once navios. Estuvo en Acuzamil, tomó á Tabasco, fundó la Veracruz, ganó á Méjico, prendió Moctezuma, conquistó y pobló la Nueva-España y otros muchos reinos. E por cuanto él hizo muchas y grandes hazañas en las guerras que allí tuvo, que sin perjuicio de ningún español de Indias, fueron las mejores de cuantas se han hecho en aquellas partes del Nuevo-Mundo, las escribiré por su parte, á imitación de Polibio y de Salustio, que sacaron de las historias romanas, que juntas y enteras hacian, este la de Mario y aquel la de Scipion. También lo hago por estar la Nueva-España muy rica y mejorada, muy poblada de españoles, muy llena de naturales, y todos cristianados, y por la cruel

extrañeza de antigua religion, y por otras nuevas costumbres que aparcerán y aun espantarán al lector.

De la isla de Cuba.

A Cuba llamó Cristóbal Colon Fernandina, en honra y memoria del rey don Fernando, en cuyo nombre la descubrió. Comenzóla de conquistar Nicolás de Ovando por Sebastian de Ocampo; y conquistóla del todo, en lugar del almirante don Diego Colon, Diego Velazquez de Cuéllar; el cual la repartió, pobló y gobernó hasta que murió. Es Cuba de la hechura de hoja de salce, trecientas leguas larga, y ancha setenta, no derecho sino en aspa. Va toda leste oeste, y está el medio della en casi veinte y un grado; há por aldeaños al oriente la isla de Haití, Santo Domingo, á quince leguas. Tiene hácia mediodía muchas islas, pero la mayor y mejor es Jamáica. Por la parte occidental está Yucatan; por hácia el norte mira la Florida y los Lucayos, que son muchas islas. Cuba es tierra áspera, alta y montuosa, y que por muchas partes tiene la mar blanca; los rios no grandes, pero de buenas aguas y ricos de oro y pescado. Hay también muchas lagunas y estanios, algunos de los cuales son salados; es tierra templada, aunque algo se siente el frio; en todo son los hombres y la tierra como en la Española, y por tanto no hay para qué lo repetir. En lo siguiente, empero, difieren: la lengua es algo diversa, andan desnudos en vivas carnes hombres y mujeres, en las bodas otro es el novio, que así es costumbre usada y guardada; si el novio es cacique, todos los caciques convidados prueban la novia primero que no él; si mercader, los mercaderes; y si labrador, el señor ó algún sacerdote, y ella entonces queda por muy esforzada: con liviana causa dejan las mujeres, y ellas por ninguna los hombres; pero al regosto de las bodas disponen de sus personas como quieren, ó porque son los maridos sodométicos. Andar la mujer desnuda convida é incita los hombres presto, y mucho usar aquel aborrecible pecado hace á ellas malas. Hay mucho oro, mas no fino; hay buen cobre y mucha rubia y colores; hay una fuente y minero de pasta como pez, con la cual, revuelta con aceite ó sebo, brean los navios y empegan cualquier cosa. Hay una cantera de piedras redondisimas, que sin las reparar mas de como las sacan, tiran con ellas arcabuces y lombardas. Las culebras son grandisimas, empero mansas y sin ponzoña, torpes, que ligeramente las toman, y sin asco ni temor las comen. Ellas se mantienen de guabinquinajes, y tal tiene dentro del buche ocho y mas dellos cuando la toman. Guabinquinaj es animal como liebre, hechura de raposo, sino que tiene piés de conejo, cabeza de huron, cola de zorra, y pelo alto como tejo; la color algo roja, la carne sabrosa y sana. Era Cuba muy poblada de indios; agora no hay sino españoles. Volviéronse todos ellos cristianos. Murieron muchos de trabajo y hambre, muchos de viruelas, y muchos se pasaron á la Nueva-España después que Cortés la ganó, y así no quedó casta dellos. El principal pueblo y puerto es en Santiago. El primer obispo fué Hernandó de Mesa, fraile dominico. Algunos milagros hubo al principio que se pacifico esta isla, por donde mas aína se convirtieron los indios; y nuestra Señora se apareció muchas veces al Cacique

comendador, que la invocaba, y á otros que decian Ave María. He puesto aquí á Cuba por ser conveniente lugar, pues della salieron los que descubrieron y convirtieron á la fe de Cristo la Nueva-España.

Yucatan.

Yucatan es una punta de tierra que está en veinte y un grados, de la cual se nombra una gran provincia: algunos la llaman península, porque cuanto mas se mete á la mar, tanto mas se ensancha, aunque por do mas ceñida es, tiene cien leguas; que tanto hay de Xacalancó ó Bahía de Términos á Chetamal, que está en la bahía de la Ascension, y las cartas de marear que la estrechan mucho, van erradas. Descubrióla, aun no toda, Francisco Hernandez de Córdoba el año de 1517, y fué desta manera: que armaron Francisco Hernandez de Córdoba, Cristóbal Morante y Lope Ochoa de Caicedo el año de susodicho, navios á su costa en Santiago de Cuba para descubrir y rescatar; otros dicen que para traer esclavos de las islas Guanaxos á sus minas y granjerías, como se apocaban los naturales de aquella isla, y porque se los vedaban echar en minas y á otros duros trabajos. Están los Guanaxas cerca de Honduras, y son hombres mansos, simples y pescadores, que ni usan armas ni tienen guerras. Fué capitán destes tres navios Francisco Hernandez de Córdoba; llevó en ellos ciento y diez hombres, por piloto á un Anton Alaminos de Pálos, y por veedor á Bernaldino Iñiguez de la Calzada; y aun dicen que llevó una barca del gobernador Diego Velazquez, en que llevaba pan y herramienta y otras cosas á sus minas y trabajadores, para que si algo trajesen le cupiese parte. Partióse pues Francisco Hernandez, y con tiempo que no le dejó ir á otro cabo, ó con voluntad que llevaba á descubrir, fué á dar consigo en tierra no sabida ni hollada de los nuestros; do hay unas salinas en una punta que llamó de las Mujeres, por haber allí torres de piedra con gradas, y capillas cubiertas de madera y paja, en que por gentil orden estaban puestos muchos ídolos, que parecian mujeres. Maravilláronse los españoles de ver edificio de piedra, que hasta entonces no se había visto, y que la gente se vistiese tan rica y lucidamente; ca tenían camisetas y mantas de algodón, blancas y de colores, plumajes, cercillos, bronchas y joyas de oro y plata, y las mujeres cubiertas pecho y cabeza. No paró allí, sino fuése á otra punta que llamó de Cotoche, donde andaban unos pescadores, que de miedo ó espanto se retiraron en tierra, y que respondian *cotohe, cotohe*, que quiere decir casa, pensando que les preguntaban por el lugar para ir allá; de aquí se le quedó este nombre al cabo de aquella tierra. Un poco mas adelante hallaron ciertos hombres, que preguntados cómo se llamaba un gran pueblo allí cerca, dijeron *teclatan, teclatan*, que vale por no te entiendo. Pensaron los españoles que se llamaba así, y corrompiendo el vocablo, llamaron siempre Yucatan, y nunca se le caerá tal nombradía. Allí se hallaron cruces de laton y palo sobre muertos; de donde arguyen algunos que muchos españoles se fueron á esta tierra cuando la destruicion de España hecha por los moros en tiempo del rey don Rodrigo; mas no lo creo, pues no las hay en las islas que nombrado habe-

mos, en alguna de las cuales es necesario, y aun forzoso, tocar antes de llegar allí, yendo de acá. Cuando hablaré de la isla Acuzamil, trataré mas largo esto de las cruces. De Yucatan fué Francisco Hernandez á Campeche, lugar crecido, que lo nombró Lázaro, por llegar allí domingo de Lázaro. Salió á tierra, tomó amistad con el señor, rescató mantas, plumas, conchas de cangrejos y caracoles, engastados en plata y oro. Diéronle perdices, tórtolas, ánades y gallipavos, liebres, ciervos y otros animales de comer, mucho pan de maíz y frutas. Allegábanse á los españoles; unos les tocaban las barbas, otros la ropa, otros tentaban las espaldas, y todos se andaban hechos bobos al rededor de ellos. Aquí había un torrejoncillo de piedra cuadrado y gradado, en lo alto del cual estaba un ídolo con dos fieros animales á las ijadas, como que le comian, y una sierpe de cuarenta y siete piés larga, y gorda cuanto un buey, hecha de piedra como el ídolo, que tragaba un leon; estaba todo lleno de sangre de hombres sacrificados, segun usanza de todas aquellas tierras. De Campeche fué Francisco Hernandez de Córdoba á Champoton, pueblo muy grande, cuyo señor se llamaba Mochocoboc, hombre guerrero y esforzado; el cual no dejó rescatar á los españoles, ni les dió presentes ni vitualla como los de Campeche, ni agua, sino á trueco de sangre. Francisco Hernandez por no mostrar cobardía, y por saber qué armas y ánimo y destreza tenían aquellos indios bravos, sacó sus compañeros lo mejor armados que pudo, y marineros que tomasen agua, y ordenó su escuadron para pelear si no se la consintiesen coger. Mochocoboc, por desviarlos de la mar, que no tuviesen tan cerca la guarida, hizo señas que fuesen detrás de un collado, donde la fuente estaba. Temieron los nuestros de ir allá por ver los indios pintados, cargados de flechas y con semblante de combatir, y mandaron soltar la artillería de los navíos por los espantar. Los indios se maravillaron del fuego y humo, y se atredieron algo del tronido, mas no huyeron; antes arremetieron con gentil denuedo y concierto, echando gritos, piedras, varas y saetas. Los nuestros movieron á paso contado, y en siendo con ellos, dispararon las balistas, arrancaron las espadas, y á estocadas mataron muchos, y como no hallaban hierro, sino carne, daban la cuchillada que los hendian por medio, cuanto mas cortarles piernas y brazos. Los indios, aunque nunca tan fieras heridas habian visto, duraron en la pelea con la presencia y ánimo de su capitan y señor hasta que vencieron en la batalla. Al alcance y al embarcar mataron á flechazos veinte españoles é hirieron mas de cincuenta, y prendieron dos, que después sacrificaron. Quedó Francisco Hernandez con treinta y tres heridas; embarcóse á gran prisa, navegó con tristeza, y llegó á Santiago destruido, aunque con buenas nuevas de la nueva tierra.

Conquista de Yucatan.

Francisco de Montejo, natural de Salamanca, hubo la conquista y gobernacion de Yucatan con título de adelantado. Pidió al Emperador aquel adelantamiento á persuasion de Hierónimo de Aguilar, que habia estado muchos años allí, y que decia ser buena y rica tierra;

mas no lo es, á cuanto ha mostrado. Tenia Montejo buen repartimiento en la Nueva-España; y así, llevó á su costa mas de quinientos españoles en tres naos el año de 26. Entró en Acuzamil, isla de su gobernacion; y como no tenia lengua, ni entendia ni era entendido; y así, estaba con pena. Meando un dia tras una pared, se llegó un isleño y le dijo *chuca va*, que quiere decir ¿cómo se llama? Escribió luego aquellas palabras porque no se le olvidasen, y preguntando con ellas por cada cosa, vino á entender los indios, aunque con trabajo, y túvolo por misterio; tomó tierra cerca de Xamanzal. Sacó la gente, caballos, tiros, vestidos, bastimentos, mercería y cosas tales para el rescate ó guerra con los indios, y dió principio á su empresa mansamente. Fué á Pole, á Mochli, y de pueblo en pueblo á Conil, donde vinieron á verle, como querian su amistad, los señores de Chuaca, y le quisieron matar con un alfanje que tomaron á un negrillo, sino que se defendió con otro. Tenian pesar por ver en su tierra gente extranjera y de guerra, y enojo de los frailes que derribaban sus ídolos sin otro comedimiento. De Conil fué á Aque, y encomenzó la conquista de Tabasco, y tardó en ella dos años; ca los naturales no lo querian por bien ni por mal. Pobló allí, y nombróla Santa María de la Victoria. Gastó otros seis ó siete años en pacificar la provincia, en los cuales pasó mucha hambre, trabajo y peligro, especial cuando lo quiso matar en Chetemal Gonzalo Guerrero, que capitaneaba los indios; el cual habia mas de veinte años que estaba casado allí con una india, y traia hendidas las orejas, corona y trenza de cabellos, como los naturales; por lo cual no quiso irse á Cortés con Aguilar, su compañero. Pobló Montejo á Sant Francisco, Campeche, á Mérida, Valladolid, Salamanca y Sevilla, y húbose bien con los indios.

Costumbres de Yucatan.

Son los de Yucatan esforzados, pelean con honda, vara, lanza, arco con dos aljabas de saetas de libiza, pez, rodela, casco de palo y corazas de algodón. Tíñense de colorado ó negro la cara, brazos y cuerpo, si van sin armas ó sin vestidos; y pónense grandes plumajes, que parecen bien. No dan batalla, sino hacen primero grandes cumplimientos y cerimonias; hiéndense las orejas, hácese coronas sobre la frente, que parecen calvos; y trézanse los cabellos, que traen largos, al colodrillo. Retájanse, aunque no todos, y ni hurtan ni comen carne de hombre, aunque los sacrifican, que no es poco, segun usanza de indios. Usan la caza y pesca, que de todo hay abundancia. Crian muchas colmenas, y así hay harta miel y cera. Mas no sabian alumbrarse con ella, hasta que les mostraron los nuestros hacer velas. Labran de cantería los templos y muchas casas, una piedra con otra, sin instrumento de hierro, que no lo alcanzan, y de argamasas y bóvedas. Pocos acostumbran la sodomia; mas todos idolatran, sacrificando algunos hombres; y aparéceles el diablo, especial en Acuzamil y Xicalanco, y aun después que son cristianos los ha engañado hartas veces, y ellos han sido castigados por ello. Eran grandes santuarios Acuzamil y Xicalanco, y cada pueblo tenia allí su templo ó su altar, do iban á adorar sus dioses; y entre ellos muchas

cruces de palo y de laton; de donde arguyen algunos que muchos españoles se fueron á esta tierra cuando la destruccion de España hecha por los moros en tiempo del rey don Rodrigo. Tambien habia grandísima feria en Xicalanco, donde venian mercaderes de muchas y léjos tierras á tratar; y así, era muy mentado lugar. Viven mucho estos yucataneses, y Alquimpech, sacerdote del pueblo do es agora Mérida, vivió mas de ciento y veinte años; el cual, aunque ya era cristiano, lloraba la entrada y amistad de los españoles; y dijo á Montejo cómo habia ochenta años que vino una hinchazon pestilencial á los hombres, que reventaban llenos de gusanos, y luego otra mortandad de increíble hedor, y que hubo dos batallas, no cuarenta años antes que fuesen ellos, en que murieron mas de ciento y cincuenta mil hombres; empero que sentian mas el mando y estado de los españoles, porque nunca se irian de allí, que todo lo pasado.

Cabo de Honduras.

Descubrió Cristóbal Colon trecientas y setenta lenguas de costa que ponen del rio grande de Higueras al Nombre de Dios, el año de 1502. Dicen algunos que tres años antes lo habian andado Vicente Yañez Pinzon y Juan Diez de Solis, que fueron grandísimos descubridores. Iba entonces Colon en cuatro carabelas con ciento y setenta españoles, á buscar estrecho por esta parte para pasar á la mar del Sur; que así lo pensó y dijo á los Reyes Católicos. No hizo mas que descubrir y perder los navíos, segun en otro cabo lo tengo dicho. Llamó Colon puerto de las Casas fundó allí á Trujillo el año de 25, en nombre de Fernan Cortés, cuando él y Gil Gonzalez mataron á Cristóbal de Olit, que los tenia presos, y se habia alzado contra Cortés, como lo diremos muy largo en la conquista de Méjico, hablando del trabajosísimo camino que hizo Cortés á las famosas Higueras. Es tierra fértil de mantenimientos y de mucha cera y miel. No tenían plata ni oro, teniendo riquísimas minas dél; ca no lo sacaban, ni creo que lo preciaban. Comen como en Méjico, visten, como en Castilla de oro, y participaban de las costumbres y religion de Nicaragua, que casi es la mesma mejicana. Son mentirosos, noveleros, haraganes; empero obedientes á sus amos y señor. Son muy lujuriosos, mas no casan comunmente sino con una sola mujer, y los señores con las que quieren. El divorcio es fácil entre ellos. Eran grandes idolatras, y agora son todos cristianos, y es su obispo el licenciado Pedraza. Fué por gobernador á Honduras Diego López de Salceda, al cual mataron los suyos con yerbas en un pastel. Fué luego Vasco de Herrera, y arrastraronle después de haberlo muerto á puñaladas. Entró á gobernar Diego de Albitez, y diéronle yerbas en otro pastel. Como andaban tan revueltos, no poblaron, antes despoblaron y destruyeron pueblos y hombres. Gobernó tras estos Andrés de Cereceda, y por su muerte Francisco de Montejo, adelantado de Yucatan; el cual fué allá el año de 35 con ciento y setenta españoles entre soldados y marineros. Cercó luego el peñol de Cerquin, y ganóle en siete meses, con pérdida de muchos españoles; ca el peñol era fuerte y

los indios animosos; los cuales ahorcaron á la vela, porque se durmió en el mayor hervor del combate. Castigo fué de hombres de guerra. Tomó tambien por hambre el peñol de Jamala, ca les quemó quince mil hanegas de maíz Marquillos, negro. Pobló muchos lugares, y entre ellos á Cumayagua y á Sant Jorge, en el valle de Blanco, y reformó algunos otros, como fueron Trujillo y Sant Pedro, cerca del cual hay una laguna, donde se mudan con el viento de una parte á otra los árboles con su tierra, ó mejor diciendo, las isletas con los árboles.

Veragua y Nombre de Dios.

Estaba Veragua en fama de rica tierra desde que la descubrió Cristóbal Colon el año de 2; y así, pidió la gobernacion y conquista della al Rey Católico Diego de Nicuesa, el cual armó en el puerto de la Beata de Santo Domingo siete naos y carabelas y dos bergantines, año de 8. Embarcó mas de setecientos y ochenta españoles, y para ir allá echó á Cartagena, de quien mas noticia se tenia, por seguir la costa y no errar la navegacion. Cuando allí llegó halló destrozados los compañeros de su amigo Alonso de Hojeda, que poco antes habia ido á Uraba. Consolóte de la pena y tristeza que tenia por haberle muerto los indios á Juan de la Cosa y á otros setenta españoles en Caramairi, y concertaron entrambos de vengar aquella pérdida. Así que fueron de noche por tomar descuidados los enemigos, adonde fuera la batalla. Cercaron una aldea de cien casas y pusieronle fuego. Habia dentro trecientos vecinos y muchas mas mujeres y niños; de los cuales prendieron seis mocholchos, y mataron á hierro ó á fuego casi todos los demás, que pocos pudieron huir; escarbaron la ceniza, y hallaron algun oro que repartir. Con este castigo se partió Nicuesa para Veragua. Estuvo en Coiba con el señor Careta, y de allí se adelantó con los dos bergantines y una carabela. Mandó á los otros navíos que le siguiesen hasta Veragua. Esta prisa y apartamiento le sucedió mal; ca se pasó de largo, sin ver á Veragua, con la carabela. Lope de Olano, como iba en un bergantin por capitan, se llegó á tierra y preguntó por Veragua. Dijéronle que atrás quedaba. Volvió la proa, topó á Pedro de Umbria, que traia el otro bergantin, aconsejóse con él, y fueron al rio de Chagre, que llamaron de lagartos, peces crocodillos, que comen hombres. Hallaron allí las naos de la flota, y todos juntos se fueron á Veragua, creyendo que Nicuesa estaria allí. Echaron áncoras á la boca del rio, y Pedro de Umbria fué á buscar dónde salir á tierra con una barca y doce marineros. Andaba la mar alta, y perdióse con todos ellos, excepto uno, que por nadador escapó. Viendo esto, acordaron los capitanes de saliren los bergantines, y no en las barcas. Sacaron luego á tierra caballos, tiros, armas, vino, bizcocho y todos los pertrechos de guerra y belezos que llevaban, y quebraron los navíos en la costa, para desafiuzar los hombres de partida; y eligen por su capitan y gobernador á Lope de Olano hasta que viniese Nicuesa. Olano hizo luego una carabela de la madera de las quebradas ó carcomidas, para si le ocurriesen algunas necesidades. Comenzó un castillo á la ribera del rio Veragua.

Corrió buen pedazo de tierra, y sembró maíz, y trigo también, con propósito de poblar y permanecer allí, si Diego de Nicuesa quisiese ó no pareciese. Entendiendo en estas cosas y en haber noticia de la tierra y su riqueza, con inteligencias de indios naturales, llegaron tres españoles con el esquife de la carabela de Nicuesa, que le dijeron cómo el Gobernador quedaba en Zorobaro sin carabela, que con mal tiempo se perdió, porfiando siempre ir adelante por tierra sin camino, sin gente, llena de montes y ciénagas, comiendo tres meses raíces, yerbas y hojas, y cuando mucho frutas, y bebiendo agua no todas veces buena, y que ellos se habían venido sin su licencia. Olano envió luego allá un bergantín con aquellos mismos tres hombres para sacar de peligro á Nicuesa y traerle al ejército y río de su gobernación. Diego de Nicuesa holgó con el bergantín como con la vida, embarcóse y vino; en llegando echó preso á Lope de Olano, en pago de la buena obra que le hizo, culpándole de traición por haber usurpado aquel oficio y preeminencia, por haber quebrado las naos y porque no le había ido antes á buscar. Mostró enojo de otros muchos y de lo que todos hicieron, y dende á pocos días pregonó su partida. Rogáronle todos que se detuviese hasta coger lo sembrado, pues no se tardaría á secar, ca en cuatro meses sazona. El dijo que mas valia perder el pan que no la vida, y que no queria estar en tan mala tierra. Creó que lo hizo por quitar aquella gloria al Lope de Olano. Así que se partió de Veragua con los españoles que cupieron en los bergantines y carabela nueva, y fué á Puerto-Bello, que por su bondad le dió tal nombre Colon, y como todos acabaron de llegar, tentó la tierra, buscando pan y oro. Matáronle veinte compañeros los indios con saetas de yerba. Dejó allí los medios españoles, y con los otros medios fué al cabo del Mármol, donde hizo una fortalecilla para repararse de los indios flecheros, que llamó Nombre de Dios, y este fué su principio de aquel tan famoso pueblo. Mas con el trabajo de la obra y camino, y con la hambre y escaramuzas, no le quedaron cien españoles, de setecientos y ochenta que llevó. Venido pues á tanta disminucion Nicuesa y su ejército, le llamaron los soldados de Alonso de Hojeda para que los gobernase en Uraba, ca en ausencia de Hojeda traian bandos sobre mandar Vasco Nuñez de Balboa y Martín Fernandez de Enciso. Nicuesa dió las gracias que tales nuevas merecian á Rodrigo Enriquez de Colmenares, que vino por él en una carabela y un bergantín, no sin muchas lágrimas y quejas de su desventura; y sin mas pensar en ello, se fué con él, y llevó sesenta españoles en un bergantín que tenia. En el camino, olvidado de su mal consejo y ventura pasada, comenzó de hablar demasiado contra los que le llamaban por capitán general, diciendo que habia de castigar á unos, quitar los oficios á otros, y tomar á todos el oro, pues no lo podian tener sin voluntad de Hojeda ó suya, que tenian del Rey título de gobernadores. Oyéronlo algunos que les tocaba de la compañía de Colmenares, y dijéronlo en Uraba. Enciso, que tenia la parte de Hojeda como su alcalde mayor, y Balboa, mudaron de propósito, y temieron oyendo semejantes cosas; y no solamente no le recibieron, empero injuriáronle y amenazáronle reciamente,

te, y aun, á lo que algunos dicen, no lo dejaron desembarcar. No plugo desto á muchos de Uraba, hombres de bien; mas no pudieron hacer al, temiendo la apresurada furia del Concejo, que Balboa indignaba. Así que Nicuesa se hubo de tornar con sus sesenta compañeros y bergantín que llevaba, muy corrido y quejoso de Balboa y Enciso. Salió del Darien 1.º de marzo del año de 44, con intencion de ir á Santo Domingo á quejar de ellos. Mas abogóse en el camino, y comiéronle peces; ó por tomar agua y comida, que llevaba poca, saltó en la costa, y comiéronse los indios; ca ói decir cómo en aquella tierra hallaron después escrito en un árbol: «Aquí anduvo perdido el desdichado Diego de Nicuesa.» Pudo ser que lo escribiese andando en Corobaro. Este fin tuvo Diego de Nicuesa y su armada y rica conquista de Veragua. Era Nicuesa de Baeza, pasó con Cristóbal Colon en el segundo viaje. Perdió la honra y hacienda que ganó en la isla Española yendo á Veragua, y descubrió sesenta leguas de tierra que hay del Nombre de Dios á los Fallarones ó roquedos del Darien, primero que nadie, y nombró Puerto de Misas al río Pito. De cuantos españoles allá llevó, no quedaron vivos, en menos de tres años, sesenta, y aquellos murieron de hambre si no los pasaran de Puerto-Bello al Darien. Comieron en Veragua cuantos perros tenían, y tal hubo que se compró en veinte castellanos, y aun de allí á dos días cocieron el cuero y cabeza, sin mirar que tenia sarna y gusanos, y vendieron la escudilla de caldo á castellano. Otro español guisó dos sapos de aquella tierra, que usan comer los indios, y los vendió con grandes ruegos á un enfermo en seis ducados. Otros españoles se comieron un indio que hallaron muerto en el camino donde iban á buscar pan; del cual hallaban poco por el campo, y los indios no se lo querian dar. Andan ellos desnudos, y llaman ome al hombre; y ellas cubiertas del ombligo abajo, y traen cercillos, manillas y cadenas de oro. Felipe Gutierrez, de Madrid, pidió la gobernación de Veragua por ser rico rio; y fué allá con mas de cuatrocientos soldados el año de 36, y los mas perecieron de hambre ó yerba. Comieron los caballos y perros que llevaban. Diego Gomez y Juan de Ampudia de Ajofrin se comieron un indio de los que mataron, y luego se juntaron con otros hambrientos, y mataron á Hernán Darías, de Sevilla, que estaba doliente, para comer; y otro día comieron á un Alonso Gonzalez, pero fueron castigados por esta inhumanidad y pecado. Llegó á tanto la desventura destes compañeros de Felipe Gutierrez, que Diego de Ocampo, por no quedar sin sepultura, se enterró vivo él mismo en el hoyo que vió para otro español muerto. El almirante don Luis Colon envió á poblar y conquistar á Veragua el año de 46 al capitán Cristóbal de Peña, con buena compañía de gente española. Mas tambien le fué mal, como á los otros. Y así, no se ha podido sujetar aquel rio y tierra. En el concierto que hubo entre el Rey y el Almirante sobre sus privilegios y mercedes, le fué dada Veragua con título de duque, y de marqués de Jamáica.

El Darien.

Rodrigo de Bastidas armó en Cáliz, el año de 2 (con licencia de los Reyes Católicos), dos carabelas á su pro-

pia ceta y de Juan de Ledesma y otros amigos suyos. Tomó por piloto á Juan de la Cosa, vecino del puerto de Santa María, experto marinero, á quien, como poco há conté, mataron los indios, y fué á descubrir tierra en Indias. Anduvo mucho por donde Cristóbal Colon, y finalmente descubrió y costó de nuevo ciento y setenta leguas que hay del cabo de la Vela al golfo de Uraba y Fallarones del Darien. En el cual trecho de tierra están, contando hácia levante, Caribana, Zenu, Cartagena, Zamba y Santa Marta. Como llegó á Santo Domingo perdió las carabelas con broma, y fué preso por Francisco de Bobadilla, á causa que rescatara oro y tomara indios, y enviado á España con Cristóbal Colon. Mas los Reyes Católicos le hicieron merced de docientos ducados de renta en el Darien, en pago del servicio que les habia hecho en aquel descubrimiento. Toda esta costa que descubrió Bastidas y Nicuesa, y la que hay del cabo de la Vela á Paria, es de indios que comen hombres y que tiran con flechas enervoladas; á los cuales llaman caribes, de Caribana, ó porque son bravos y feroces, conforme al vocablo; y por ser tan inhumanos, crueles, sodomitas, idolátras, fueron dados por esclavos y rebeldes, para que los pudiesen matar, captivar y robar, si no quisiesen dejar aquellos grandes pecados y tomar amistad con los españoles y la fe de Jesucristo. Este decreto y ley hizo el Rey Católico don Fernando con acuerdo de su consejo y de otros letrados, teólogos y canonistas; y así, dieron muchas conquistas con tal licencia. A Diego de Nicuesa y Alonso de Hojeda, que fueron los primeros conquistadores de tierra firme de Indias, dió el Rey una instruccion de diez ó doce capítulos. El primero, que les predicasen los Evangelios. Otro, que les rogasen con la paz. El octavo, que queriendo paz y fe, fuesen libres, bien tratados y muy privilegiados. El nono, que si perseverasen en su idolatría y comida de hombres y en la enemistad, los captivasen y matasen libremente; que hasta entonces no se consentia. Alonso de Hojeda, natural de Cuenca, que fué capitán de Colon contra Caonabo, armó el año de 8, en Santo Domingo, cuatro navíos á su costa y trecientos hombres. Dejó al bachiller Martín Fernandez de Enciso, su alcalde mayor por cédula del Rey, para llevar tras él otra nao con ciento y cincuenta españoles y mucha vitualla, tiros, escopetas, lanzas, ballestas y municion, trigo para sembrar, doce yeguas y un ható de puercos para criar; y el partió de la Beata por diciembre. Llegó á Cartagena, requirió los indios, y hizoles guerra como no quisieron paz. Mató y prendió muchos. Hubo algun oro, mas no puro, en joyas y arreos del cuerpo. Cebóse con ello, y entró la tierra adentro cuatro leguas ó cinco, llevando por guía ciertos de los captivos. Llegó á una aldea de cien casas y trecientos vecinos. Combatióla, y retiróse sin tomarla. Defendiéronse tan bien los indios, que mataron setenta españoles y á Juan de la Cosa, segunda persona después de Hojeda, y se los comieron. Tenian espadas de palo y piedra, flechas con puntas de hueso y pederrial y untadas de yerba mortal. Varas arrojadas, piedras, rodela y otras armas ofensivas. Estando allí llegó Diego de Nicuesa con su flota, de que no poco se holgaron Hojeda y los suyos. Concertáronse todos, y fue-

ron una noche al lugar donde murió Cosa y los setenta españoles; cercáronlo, pusieronle fuego; y como las casas eran de madera y hoja de palmas, ardió bien. Escaparon algunos indios con la escuridad; pero los mas, ó cayeron en el fuego ó en el cuchillo de los nuestros, que no perdonaron sino á seis muchachos. Allí se vengó la muerte de los setenta españoles. Hallóse debajo de la ceniza oro, pero no tanto como quisieran los que la escarvaron. Embarcáronse todos, y Nicuesa tomó la via de Veragua, y Hojeda la de Uraba. Pasando por Isla-Fuerte tomó siete mujeres, dos hombres, y docientas onzas de oro en ajorcas, arracadas y collarajos. Salió á tierra en Caribana, solar de Cariben, como algunos quieren que esté, á la entrada del golfo de Uraba. Desembarcó los soldados, armas, caballos y todos los pertrechos y bastimentos que llevaba. Comenzó luego una fortaleza y pueblo donde se recoger y asegurar, en el mismo lugar que cuatro años antes la habia comenzado Juan de la Cosa. Este fué el primer pueblo de españoles en la tierra firme de Indias. Quisiera Hojeda atraer de paz aquellos indios por cumplir el mandado real y para poblar y vivir seguro; mas ellos, que son bravos y confiados de sí en la guerra, y enemigos de extranjeros, despreciaron su amistad y contratacion. El entonces fué á Tiripi, tres ó cuatro leguas metido en tierra y tenido por rico. Combatiólo, y no lo tomó; ca los vecinos le hicieron huir con daño y pérdida de gente y reputacion, así entre indios como entre españoles. El señor de Tiripi echaba oro por sobre los adarves, y flechaban los suyos á los españoles que se abajaban á cogerlo, y al que allí herian, moria rabiando. Tal ardid usó conociendo su codicia. Sentian ya los nuestros falta de mantenimientos, y con la necesidad fueron á combatir á otro lugar, que unos captivos decian estar muy bastecido, y trajeron dél muchas cosas de comer y prisioneros. Hojeda hubo allí una mujer. Vino su marido á tratarle libertad. Prometió de traer el precio que le pidió: fué, y tornó con ocho compañeros flecheros, y en lugar de dar el oro prometido, dieron saetas emponzoñadas. Hirieron al Hojeda en un muslo; mas fueron muertos todos nueve por los españoles que con su capitán estaban. Hecho fué de hombre animoso, y no bárbaro, si le sucediera bien. A esta sazón vino allí Bernardino de Talavera con una nao cargada de bastimentos y de sesenta hombres, que apañó en Santo Domingo, sin que lo supiese el Almirante ni justicia. Proveyó á Hojeda en gran coyuntura y necesidad. Empero no dejaban por eso los soldados de murmurar y quejarse que los habia traído á la carnicería y los tenia donde no les valiesen sus manos y esfuerzo. Hojeda los entretenia con esperanza del socorro y provision que habia de llevar el bachiller Enciso, y maravillábase de su tardanza. Ciertos españoles se concertaron de tomar dos bergantines de Hojeda, y tornarse á Santo Domingo ó irse con los de Nicuesa. Entendiólo él, y por estorbar aquel motin y desman en su gente y pueblo, se fué en la nao de Talavera, dejando por su teniente á Francisco Pizarro. Prometió de volver dentro de cincuenta días, y si no, que se fuesen donde les pareciese; ca él les soltaba la palabra. Tanto se fué de Uraba Alonso de Hojeda por curar su herida, cuanto por buscar al ba-